

DEL BIEN QUE SE ESPERA Y DEL BIEN QUE SE DEBE,
DE HUMBERTO GIANNINI

Dolmen Ediciones,
Santiago, 1997



Dolmen Ediciones, en su colección Ensayos, ha publicado una nueva obra de Humberto Giannini. Es nueva y es, a la vez, una continuación de las ideas éticas que el autor viene desarrollando al menos desde otros dos libros: “La reflexión cotidiana” y “La experiencia moral”.

No se trata aquí de una “Búsqueda teórica del bien, ni de las virtudes públicas y sus jerarquías”(p.9), esto es, lo que ha sido la materia clásica de la preocupación ética. En efecto, desde sus orígenes, la filosofía se ha propuesto comprender los fundamentos universales del accionar humano dentro de los límites aceptables y obligatorios para todos, de lo que debe entenderse idealmente por bueno en nuestras conductas; por lo ético, en fin. De eso, aquí no se trata. ¿Un libro de ética, entonces, en el que no se trata la ética? Pues no. El problema es bien diferente. Dentro de la visión del autor, de lo que se trata es de la “Experiencia moral”, más que de ética: una experiencia común de significados que nos permite entendernos en nuestra convivencia real, de todos los días. No hay, así, propiamente una investigación acerca del concepto del bien –a no ser indirectamente– (y a pesar del título de la obra) o una nueva fundamentación de las virtudes éticas o un análisis de las condiciones de universalidad de los códigos éticos vigentes o, en fin, una definición de lo que sea el Mal en sí, o el Bien en sí, con mayúsculas, ni tampoco se persigue la identificación de alguna entidad o realidad especial con lo malo o lo bueno o algo así (nada más lejos de la filosofía que los “códigos morales”). No, la mirada filosófica de Giannini se vuelve hacia el lado opuesto de la universalidad y la necesidad: se vuelve hacia la contingencia del actuar cotidiano; allí donde, querámoslo o no, tenemos que convivir con otros.

La ética se articula preferentemente sobre la base de dos valores: bien y mal. La realidad moral aparecerá explicada en función del bien. Giannini propone otra mirada del asunto. Su objetivo es poder encontrar el punto donde se constituye el fenómeno moral, el lugar donde aparece como tal realidad moral. Y ese lugar es un diálogo: pero un diálogo que no es un ejercicio intelectual, sino que es un roce constante e inevitable en el que consiste vivir, convivir , más precisamente. Sus dos polos son: juicio y justificación. Enjuiciamiento de la conducta ajena, juicio que toma la forma de una ofensa. Por otro lado, la vuelta del péndulo, la justificación que debemos hacer por esos enjuiciamientos. Tal es el centro del texto: poder hacer una descripción de ese conflicto diario de la denuncia y de la justificación, conflicto que conforma la experiencia moral como diálogo.

La tesis anterior contiene, al menos, tres ideas que sobresalen. La primera es la idea de Giannini de que la conducta moral no nace desde el ejercicio del bien. Por el contrario: “La ofensa es el núcleo del conflicto moral” (p.83). Y esto es así, porque la moral nace de la confrontación. Nuestra convivencia, nuestro trato “público” con las demás personas es un constante aparecer del conflicto vía la ofensa, por el enjuiciamiento de nuestros actos, por el vernos apuntados por los otros allí donde no hemos respondido como debiéramos en nuestro trato diario. Así, la ofensa se borra con la justificación, la que es tal sólo si logra eliminar completamente aquello que ha producido el dicho o hecho ofensivos. Dice el autor: al justificar (“hacerse justo”) la ofensa, borrarla, el ofensor restablece lo que ambos hacían en común, se restablece su convivencia, en suma.

El segundo punto se refiere a la idea de contingencia. Notemos que, en esta descripción del conflicto, como motor y origen de lo moral, no está en juego: “Un deber ser ideal, utópico, exigido in abstracto a toda la humanidad, ni de un imperativo categórico, en el sentido kantiano” (p.79). No es la universalidad de las virtudes y los vicios; se trata de la moral encontrada en nuestra contingencia, en lo que nos pasa día a día al tratar con los demás. Se trata, dice Giannini, de lo que “esperamos de los demás” en la situación de que se trate: “Si se compra o se vende, conforme a las leyes y normas éticas que regulan el traspaso de bienes; si se dice amar, conforme al significado que damos al amor; si se juega a las cartas, conforme a las reglas del juego” (p.79). La ofensa puede brotar de cualquier encuentro con cualquiera. No se requiere contravenir algún valor absoluto, alguna virtud para encontrar el mal. Puede bastar contravenir una convención, un valor acordado. Por eso se habla de contingencia. Tal es el diálogo entre ofender y justificarse. La transgresión de la ofensa es, pues, un acto contingente. He aquí, en resumen, los dos instantes de la experiencia moral, esa de todos los días, de cualquier lugar: el bien que se debe (a los otros, o que, también, que otros nos cobran), se traduce en actos de enjuiciamiento; el bien que se espera se traduce en actos de justificación.

Por último, la tercera idea es la de “sujeto inobjetable”. El diálogo moral, afirma Giannini, es, finalmente, un diálogo subjetivo, esto es, entre sujetos. De lo contrario no hay posibilidad de que aparezca lo moral (ni tampoco el sujeto).

Pero, ¿de qué sujeto se trata? Si lo que determina esta visión ética es el rol preeminente del mal de la ofensa y no las “Virtudes universales”; si, además, la justificación de la ofensa que determina la moral no es la que se hace desde las alturas de la universalidad de los valores absolutos de alguna moral establecida e impuesta, sino que desde el encuentro y el desencuentro cotidianos, entonces el sujeto moral, los sujetos participantes del diálogo moral no pueden ser sino también contingentes. El autor desecha, pues: “La idea de sujeto como aquel principio enclaustrado y autosuficiente que proponía el cartesianismo” (p. 19) y, agregamos nosotros, que proponía sobre todo Kant. Un sujeto universal, equivalente a las condiciones universales de subjetividad, por la cual todo objeto sensible y toda ley moral son posibles. El sujeto, en este ensayo, es más modesto; no es el juzgador universal de Kant. Es usted, yo, usted y yo, sumidos en nuestra contingencia común, la que, si ha de ser común,

habremos de ser capaces de justificar las ofensas. Los fundamentos de la ética vienen a parar, así, al ámbito de la cercanía de nuestra vida cotidiana.

Pero, dicho sujeto es “inobjetable”. En dos sentidos. Primero, en cuanto “desamparado”, podríamos decir, porque el sujeto moral no es más el sujeto “kantiano”, juzgador universal. Está fuera del amparo de la universalidad; está al descampado de la ofensa diaria de los demás. Pero, también, en este primer sentido, está al desamparo porque no puede ser “objetivado”, es decir: “Reducido a otra perspectiva. Menos a una razón abstracta”(p.11, nota 4). En segundo término, es inobjetable el sujeto en el sentido de que está amparado, ahora. En el diálogo moral siempre quedará algo irreductible al otro, algo del sujeto que no puede ser subsumido en el otro. Esto quiere decir que debemos siempre aceptar finalmente la subjetividad ajena, no querer reducirla a la nuestra. El sujeto no es nunca completamente transparente, a la “vista” de los demás. La subjetividad no se deshace, no se puede convertir en objeto tampoco.

El hombre es, para el autor, un ser en constante enfrentamiento con los demás. Esa es la fuente de la cuestión moral. Su propuesta es que tal enfrentamiento es, entonces, históricamente anterior a su teorización, a una transformación en materia de reflexión filosófica. En el Libro Segundo de esta obra, el autor se aboca a rastrear en la historia el origen de la experiencia del mal moral, en las prohibiciones, en los tabús, en los mitos; en Grecia, como en el cristianismo. Primero, fue la sola experiencia del mal, del mal estar en el mundo, como algo vivido, duro, como una experiencia dura. Luego, tardíamente, la filosofía teoriza sobre ello, busca sus fundamentos, sus razones: hace la ética. Se convierte en “pensamiento” filosófico, en “enfoque”, en estudio. Si el Libro Primero del texto es fuertemente “teórico”, éste, en cambio, se muestra como una búsqueda en la historia de aquello encontrado primeramente.

El Libro Tercero y último del texto consiste en una mirada a los siete pecados capitales, a la luz de la experiencia moral de la ofensa y el enjuiciamiento. La vanagloria, la avaricia, la lujuria, etc., son formas de enjuiciar. Quizás sea por ello que el autor se detiene justamente en los vicios y no en las virtudes. El problema es el mal. “Eres un avaro”; “es un envidioso”, son las caras que toma el juicio moral.

Quisiera hacer dos acotaciones finales sobre esta profunda y extraordinaria obra. En primer lugar, si uno se preguntara por dónde irán a ir ahora las nuevas reflexiones del profesor Giannini, una respuesta posible podría ser, tal vez, ésta: irían, quizás, hacia el lugar donde su certero pensamiento filosófico logre descubrir las formas en que nos enjuicamos, nos ofendemos y nos justificamos, pero más allá (o más acá, realmente) de las determinaciones de los medievales pecados capitales. ¿O es que no hay, hoy, formas nuevas, distintas, quizás peores, en las que se dan esos polos del diálogo moral? No tendría por qué ser así. En vez de quedar cerradas, las formas en que nos ofendemos pueden no tener límites.

La segunda acotación, muy breve, es ésta: el pensamiento del profesor Giannini contiene, a mi juicio, una gran fertilidad teórica, que sobrepasa el ámbito de la ética. ¿No podría, por ejemplo, pensarse la epistemología según el modelo del juicio y la justificación? ¿No están las teorías de las ciencias constantemente siendo “ofendidas”, atacadas por otras que aspiran a suplantarlas? ¿A qué categoría epistemológica

traducir, luego, los conceptos de “ofensa” y “justificación”? Por otro lado, sabemos que el sujeto epistémico kantiano, que establece a priori su objeto, no es sustentable a la luz de las ciencias “no clásicas” de hoy. Hoy, el sujeto epistémico es, también, como el sujeto moral, un sujeto contingente, que propone teorías con lo que tiene a la mano y no desde alguna categorización epistemológica absoluta o metodología cerrada.

ALEJANDRO RAMÍREZ F.
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile